
Dolly Latz y los héroes

Por MARIA LUZ MORALES

Conocemos a los personajes —los héroes— de la tragedia griega a través de las páginas del libro —de los libros. Monólogos, diálogos, coros... sin voz: inmovilidad, silencio. Sabemos de sus pasiones, de su dolor o de su gozo, según el texto los describe, los transcribe, más no atisbamos su expresión ni su gesto: podemos forjarlos, en la lectura, a nuestro antojo, hieráticos, gesticulantes, pasionales, impulsivos... todo ello deshumanizado, aproximado apenas. Pues que para ella fueron creados, sólo la representación (ese mágico poder de "volver a hacer presente" que la escena posee) les dará movilidad, hálito, palpitación de vida... Ahora, ¿cuál será, hoy, el estilo de representación que les infunda mayor realidad, actualidad, que más nos les acerque a través de milenios?

La responsabilidad es grande: evidente el peligro. Para empezar se tropieza con dos graves, posibles riesgos de concepción; de un lado el ancestral prurito arcaizante que, a través de una rigurosa —imposible— reconstrucción arqueológica transforme la pieza teatral en pieza de museo; del lado opuesto el desmesurado, tentador afán de modernidad, de actualización que, con frecuencia, roza o cae de lleno en el disparate o la caricatura...

Arriesgada empresa, sin duda, la de incorporar al teatro de hoy los personajes —los héroes— de Esquilo, Sófocles, Eurípides, crearon hace veinticinco siglos. Arriesgada... más no imposible. Yo trabé conocimiento con ellos, los ví, los escuché, en los años cincuenta, entre las frondas del Teatro Griego de Montjuich. Se llamaban —eran— Prometeo, Edipo, Antígona, Hipólito, Medea, Elec-

tra, Clitemnestra, las Troyanas... Y venían a mí —a nosotros— de la mano de Dolly Latz.

QUIEN ERA DOLLY

Dolly Latz había nacido en Berlín: poseía, con una exquisita sensibilidad, una vasta y profunda cultura, exenta de todo énfasis, de todo alarde de pedantería. Sentía fervor apasionado por el teatro; había sido discípula nada menos que del gran Max Reinhardt. No la trajo, sin embargo, a estas tierras el teatro sino la pedagógica; vino, en efecto, en misión pedagógica con la ilustre doctora Montessori... más no se fue con ella. Se quedó, decididamente, con nosotros hasta el fin: su fin. Se identificó pronto, con la ciudad y con sus gentes; supo crear, en torno suyo, ancho círculo de amistades sinceras; fue ejemplar maestra y amiga; compartió, con nosotros, los difíciles, amargos tiempos de la guerra. Después, un día...

LA COMPAÑIA "CIUDAD CONDAL"

Un buen día del año 1955, el Municipio barcelonés le confió la arriesgada misión de poner en la escena del Teatro Griego de Montjuich, bajo su dirección, un ciclo de representaciones de los clásicos griegos. Colmaba esto la más cara ilusión teatral de Dolly: representar el ciclo helénico completo era algo que jamás se había realizado en Europa. ¿Podría ella llevarlo a buen fin? No le arredraban, antes la enardecían, las dificultades; en sueño y en estudio tenía por añadidura, el ciclo latino y los clásicos españoles del Siglo de Oro... Nada menos...

Formó, pues, su hueste bajo el bonito título de "Compañía Ciudad Condal" con actrices y actores profesionales, si bien excluyendo todo divismo. No se trataba, en modo alguno, de una Compañía Oficial, aunque sí patrocinada y —¡oh, bien modestamente!— subvencionada por el Ayuntamiento. Los tiempos eran todavía difíciles; las circunstancias excluían la fastuosidad de "puestas en escena" fabulosas, como las que, más adelante, contribuirían a cimentar la fama de otros realizadores. También las rehusaba el buen gusto, la honestidad estética de Dolly. La simplicidad del podium central, unas columnas, acaso unas cortinas como único elemento artificial,

rodeado de la decoración natural de piedra y vegetación que enmarca el escenario del teatro griego de Montjuich, prestaba mayor hondura, más intenso significado al pathos de la tragedia. Pese a esta austeridad —¿quién lo dijera?— los resultados fueron óptimos. La presentación del *Ciclo helénico* fue una revelación —"un esfuerzo bello y audaz para Barcelona", se escribió por entonces— y, noche tras noche, el público ocupó a rebosar, los graderíos del Griego y aplaudió, con fervor, a Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Difícil, más bien banal, acaso absurdo, el intento de una crítica teatral retrospectiva, mal remendada o hilvanada en el recuerdo, cuando la representación hace tiempo dejó de ser presente para hundirse, a su vez, en el pasado. Líbreme Dios de la pretensión de acometerla en el empeño de resaltar, aquí, ahora, los valores de aquella no olvidada, ciertamente, *Compañía Ciudad Condal*. Era, ante todo, una *Compañía* joven, ilusionada, en la que, después de febriles horas de ensayos, Dora Santacreu, Fernando Cebrián, Enriqueta Torres, Coralina Colom, Conchita Bardem, Carlos Lucena, Carlos Ibarzábal y otros aún, realizaban, bajo la dirección de Dolly Latz, las que, acaso sin saberlo ellos, serían sus más trascendentales actuaciones sobre la escena. Pues no es cosa banal, ser o haber sido *Antígona* o *Medea*, *Edipo*, *Hipólito* o *Creonte*, en pleno siglo XX, entre frondas y cantos de ruiseñores, frente a un público atento, fervoroso...

HABLA LA CRITICA

No la que, con ayuda de la memoria, en vano querríamos pergüñar en este instante, sino la de aquel momento, en aquella precisa palpitación del tiempo: ¿cómo trató la crítica barcelonesa la heroica actuación de Dolly Latz y su "*Compañía Ciudad Condal*"? Aún las más exigentes plumas lo reconocieron unánime "el dominio de Dolly Latz en el arte de la dirección, que nos ofrece espectáculos de calidad poco frecuente"; el arte sobrio y esencial con que la dirección supo unir en armónica fusión, los elementos todos de la representación, desde el movimiento de los actores y la plástica y la luminosidad, hasta las enormes posibilidades que el diálogo ofrece. Joaquín Montaner resaltaba en tan "magnífica directora" su "poderosa originalidad, su sensibilidad, su vocación ejemplar, festoneada de gracia y de inteligentes aciertos". A su vez, Enrique Sordo —poco

inclinado a la fácil benevolencia— ponderaba in crescendo estos aciertos, en la crítica de cada nueva representación donde juzga que "la acción es servida con exactitud, rigurosamente dirigida en cada paso y en cada gesto de los intérpretes". "No hay divos —resalta— sí una armónica torea de todos los elementos. Los coros no actúan como figurante, sino como actores, con admirable precisión. No se cae nunca en "en el lloriqueo declamatorio o en la precipitación recitativa, defectos habituales en esta clase de actuaciones". Y la declamación de todo el cuadro interpretativo —señalaba— "es moldeado por Dolly Latz hasta ceñirla estrechamente al tono e intención del texto".

Los actores acentúan las características y alternativas de los personajes "colmándolos de calor y realidad, expresándose con ese imprescindible énfasis contenido, moviéndose y diciendo sin retorcimientos destemplados ni elegantes frialdades, peligrosos extremos... Es un equipo perfecto, sin la menor disonancia" subrayaba.

HABLA EL "EQUIPO"

¿A qué seguir? Lo escrito, escrito queda. Fue por encima de todo, esa perfección de equipo la que hizo modélicas aquellas representaciones del *Ciclo griego* en el escenario natural de Montjuich. Y el talento, la sensibilidad de Dolly Latz lo que logró componer, aunar, sin la menor disonancia a aquel equipo. Yo diría, también, sus humanas dotes de cordialidad, de comprensión. Cuantos formaron un día la "*Compañía Ciudad Condal*" —unos ya largamente lisonjeados por el éxito, otros hace tiempo alejados de la escena— la recuerdan, hoy, con admiración, con gratitud... Lo escrito —y fue mucho y muy elogioso— escrito queda, dije. Más, también esas voces de reconocimiento, de amistad, perduran. Dicen, entre otras cosas: "Para Dolly no había figurante: ella confiaba, esperaba en todos..." "Dolly buscaba el sentido de la responsabilidad en todos y cada uno de nosotros." "Jamás, bajo la dirección de Dolly, pisamos la escena sin ilusión, sin entusiasmo".

Entusiasmo, sal del alma —se ha dicho—. Dolly Latz tuvo el raro don de transmitir el suyo a todo cuanto tocaba. Y así logró el prodigio de trasfundir a los intérpretes en personajes —*Edipo*, *Antígona*, *Electra*, *Orestes*, *Hipólito*, *Medea*, *Clitemnestra*...— y dar a éstos el perfil, la voz, el gesto, la pasión de LOS HEROES.